



EX LIBRIS

EX LIBRIS

COLECCIÓN
FICCIONES REALES

Director: Cristian Alarcón

Alejandra Cukar - Daniela Pasik

Porno nuestro

Crónicas de sexo y cine



I TRIPLE X PERSONALIZADO

Es una psicóloga porque tiene camisa blanca, anteojos, toma nota en un bloc, atenta, de lo que oye. Cuando deja de escribir, la pluma descansa en su boca generosa. Por el momento el adjetivo calificativo se debe al tamaño, pero en un rato estará referido a lo que va a hacer. La pollera negra ajustada enfunda a esta mujer enigmática que igual logró sentarse frente al hombre pelado, desprolijo, que habla y debería ser, entonces, el paciente. Pero él abrió la puerta y parece que está en su casa. La escena en ese momento se enrarece un poco.

César Jones vive en un departamento de tres ambientes pulcro y despojado. Una mesa redonda se tambalea en el medio del living, de persianas siempre bajas, por las que se cuela un salpicré de luz que deja el piso a lunares. Las puertas cerradas del baño y de su habitación quedan a oscuras y el cuarto que funciona como isla de edición tiene un equipo de música para nada moderno, una computadora renovada hace un par de años, una cama de dos plazas y la colección de casetes viejos que le da pena tirar. Esas son sus pertenencias. Y no mucho más.

Le gusta tomar té. Habla suavemente pero con decisión y elige palabras medio rebuscadas. Tiene un modo spinettiano de explicar las cosas: sus conceptos son extensos, levemente enredados, y sus ideas suenan mágicas, artísticas, sobreanalizadas. Es un pibe de La Plata que después de casi quince años de actividad no sólo

es el único al que respetan todos los que circulan en el ambiente del porno local, sino que se convirtió en el renovador del género en la Argentina. “Cine pornográfico”, aclara siempre que puede.

En realidad, la morocha de tetas hipnotizantes no puede ser una psicóloga porque está en la casa de su supuesto paciente. Y ese hombre, que podría ser un pintor porque tiene los pantalones manchados de colores, también parece, por momentos, un escritor. No es una de esas inconsistencias de guión que el prejuicio condicionado suele arrojar sobre el triple X. El hombre podría ser, además de paciente, pintor o escritor, un director porno. Un director de cine pornográfico que tiene a esta hembra enfrente. En el medio de los dos hay una mesa que pone una distancia que se va achicando con el calor de la charla y la intensidad de las miradas.

Mientras habla, el pelado se toca la pija. Ella escucha con atención, pero a la vez se acaricia distraídamente el escote y también, de paso, se mete un poco la mano adentro de la bombacha. Apenas. Como calentando las máquinas. Después de tres viajes explícitos a ensueños de dominación y dominados, sexo de a dos, de a tres, grupal, entre hombres, entre mujeres, de un hijo con su madre, ya no hay nada que impida que ella se haga una paja, se saque la ropa ajustada y le baje los pantalones al paciente que podría ser un pintor, un escritor o un director de cine pornográfico y jueguen un rato. Entonces la morocha le muestra a la cámara cómo se chupa una pija y es casi una clase práctica magistral.

Ese es el hilo conductor de *Visiones de un erotómano*, el porno film número quince de César Jones, estrenado en 2013. La mujer en pantalla es Isabella Rosetto, que hace rato transita el ambiente pero nunca había protagonizado ninguna película, y el hombre es Javier Fernández, un debutante. Ellos dos, aunque también cojen, son los que van dando el marco intelectual y psicoanalítico a las tres historias de porno puro y duro que se suceden como visiones. Por eso, seguro que por eso y no por casualidad, Jones eligió a una actriz que además es psicóloga y a un actor que también es escritor.

“Nunca estuve con ninguna persona del ambiente”, dice César Jones, que fue novio de la protagonista de *Euge no duerme* (2004), y esa excepción a la regla no termina de ser una contradicción. Explica: “Con Maru empezamos a salir varios meses después del rodaje, fue mi pareja durante dos años y ahora es mi amiga por el resto de la vida. Yo he tenido en mis elencos desde albañiles hasta ingenieros agrónomos y estudiantes avanzados de antropología. Los que se acercan por interés genuino, por el deseo de participar de la experiencia porno, que es lo que yo busco en los castings y en mis películas, vienen de mundos no marginales, mucho más diáfanos”.

César Jones es guapo de un modo intrigante, pero el tiempo que pasó editando su película fue largo, y su tendencia al ostracismo sumada al encierro lo dejaron –según él– con unos kilos de más y, de algún modo, distanciado del mundo terrenal. Hace meses que vive casi como un ermitaño y ahora comienza a entender que está necesitando desembrutecerse de tanto silencio, volver a conectar con la humanidad. Comienza una dieta, o dice que lo hace. Recibe visitas, en jogging. Se alegra por los alfajores que le ofrecen y no come ninguno.

Víctor Maytland es el porno local. Antes de él no había nada, o había poco, y a partir de su primera gran idea cambió todo. Fue el germen potencial de una industria que hoy es ambiente porque no le da para tanto, pero que gira en torno a él. *Las tortugas pinjas* (1990) es un clásico del cine argentino así como lo son, por ejemplo, *Esperando la carroza* (Alejandro Doria, 1985) o *Nueve Reinas* (Fabián Bielinsky, 2000). El nombre completo es *Las tortugas mutantes pinjas* y es la película porno más vendida de la historia local. Incluso tiene una remake estadounidense.

“Me dedicaba al cine y empecé a subir la apuesta de lo erótico hasta llegar a un punto en el que necesitaba mostrar más, y entonces caí en el porno. Fue como la manzana de Newton. Un día,

caminando por avenida Corrientes, vi un cartel de *Las tortugas Ninjas*, que estaban re de moda, y entendí la ley de gravedad”, dice Maytland una mañana de frío con sol en un bar coqueto del barrio Las Cañitas en donde el mozo le trae “lo de siempre”: un cortado en jarrito y un cenicero.

“Igual, hay una génesis. Todo viene de antes. En principio inventé un anuario. Era con una presentadora, una mina muy seria que anunciaba como una locutora ‘ahora vamos a ver escenas de sexo.’ Y entonces metía clips musicales de sexo anal, vaginal, lo que me dieran los sellos distribuidores. Fui a todos y les propuse que les promocionaba así las películas del año. Me encantaba hacer eso y un poco fue así como descubrí el porno”, cuenta mientras fuma un cigarrillo que podría ser eterno, pero no, es que apaga uno y enseguida prende otro.

Cuando Maytland empieza a recordar disfruta del magnetismo que genera y va sumando datos de color, al paso, a todo lo que cuenta. Es como si separara en tandas la información, y logra un suspenso atravesado por el humor. Sabe entretener a su público, el que está en vivo y el que mira sus películas. Así que ahora dice: “La presentadora era Laurita Losano. Se casó con un acróbata, un tipo ruso, y se fue a vivir a Rusia. Pero ella hubiera sido la primera actriz porno de acá. Ella quería. La conocí en *Calabromas*. Hicimos dos anuarios, se fue, y después entendí por dónde venía la cosa. Ahí llegaron *Las tortugas pinjas*”.

Maytland se llama Roberto Sena, no guarda su nombre real en secreto como muchos otros en el ambiente, y parece un tío divertido; porteño al máximo, cultor del café en bares y consumidor constante de cigarrillos Marlboro light. Se mueve como el sol de un universo que gira en torno a él con naturalidad. Todos quieren ser amigos suyos, estar ahí, orbitarlo. Es lógico, porque él siempre se ríe y le brillan los ojos cuando encuentra un chiste, una idea, una gracia. Y también tose. Y putea. Y da abrazos cálidos. Se hace querer. Quiere que lo quieran.

Una noche, poco después de la muerte de Luis Alberto Spinetta en febrero de 2012, Maytland cuenta casi como en un monólogo de stand up que solía tener un boliche en Villa Gesell y que, entre otros rockeros, ahí tocaba a veces el Flaco. “Antes de que los dos fuéramos famosos”, aclara. Años después se reencontraron, ya ambos habían hecho sus carreras con éxito, y dice Maytland que Spinetta le dijo (y lo hace imitando el tono spinettiano de decir las cosas): “A vos te pasa con *Las tortugas pinjas* lo mismo que a mí con *Muchacha ojos de papel*. Todos te hablan solo de eso y siempre te la vuelven a pedir, por eso la amás y la odiás”. Risas. Aplauso.

El argumento de *Las tortugas pinjas* no roza lo absurdo, cae de lleno en la categoría y la rebalsa. Botón de muestra: un grupo terrorista distribuye unas pastillas que producen la muerte al eyacular, así que ya nadie se anima a tener sexo. El presidente de Estados Unidos, que tomó una de estas pacatas grageas, llama a las tortugas pinjas, que viajan a la Argentina para luchar contra los malvados. Entre otros hitos, está la periodista Manuelita (guiño) y un gran final con orgía cuando ya todos encontraron la cura.

Podría parecer un chiste, y lo es, pero también es la primera película pornográfica que cruza el humor absurdo con el sexo. Una parodia del mainstream en pleno éxito de *Las tortugas ninjas* (1990, Steve Barron) y un montón de actores desconocidos mal disfrazados garchándose desafortadamente la línea que separa el erotismo del ridículo. Maytland tuvo más que una idea, encontró un modo de hacer las cosas, una voz narrativa extrema que aprovecha la carencia de recursos para usarla a favor. Porno y chistes, un mix aparentemente imposible que funciona porque así es su autor: nacional, popular y con ganas de cojer. Otro aplauso.

En el ambiente local hay tanta fragilidad como amor. Sí, otra paradoja imposible de entender hasta que se ve. Todos están de acuerdo en que para vivir en y del porno te tiene que gustar. No hay sufrimiento

porque nadie lo hace obligado o por obligación. Es limpio, sencillo. Cojer en público y que te filmen: el disfrute pasa por ahí. Caminar por un mundo en el que todos podrían ser espectadores es flor de estímulo. Mirar una película porno puede ser un acto de intimidad, pero hacerla es la entrega máxima, con el partenaire de turno, el director, el camarógrafo y el que un día la vea.

Es más fácil pensar que todo es sórdido, que se mezcla con el sufrimiento y la humillación, y hablar desde un falso progresismo, o desde un feminismo corrido de lugar, y después espiar a escondidas o ni siquiera atreverse nunca a ver eso que se prejuzga. Es natural. Cojer y querer mostrar. Estar caliente y querer ver. ¿Cuándo fue que se puso tanto velo en el medio?

“Vamos, mis putitas”, dice el animador de un boliche swinger mientras dos chicas se besan, se manosean, la pasan bastante bien en un escenario. Una es actriz y le chupa las tetas a la otra, de anteojos, vestido ajustado y con la cartera aún colgada. Lo que sucede ahí es sincero. No, es un show. No, es sincero. Quizás sea las dos cosas.

En la platea está el mundo. Los que no saben cómo hacer para reprimirse las ganas de entrar a participar, los que sonríen con verdadera felicidad, los que se hacen una paja y también ese raro en el rincón que intenta no ver aunque no puede dejar de mirar. El tímido primerizo piensa que tiene ganas de irse, pero a la vez se quiere quedar. Nadie se mueve, todos observan. Eso también es sincero, y también es un show. Un espejo que refracta el deseo.

La actriz porno le baja el vestido a la chica de anteojos, ahora sus tetas son parte de la escena y la cartera se cae al piso. Bailan con un intento de sensualidad torpe, se tropiezan o pierden el ritmo de la música, la mano de uñas rojas largas en la concha de una, la lengua en el pezón de la otra y los cuerpos fucsias de calor. Eso es sincero. La que perdió la cartera ahora pierde los anteojos, y acaba. La otra se ríe con la cara brillante de saliva y el animador les agradece por “tanta entrega”. Las entrevista mientras se acomodan la ropa:

–¿Cómo la pasaste? –le pregunta a la actriz porno.

–Muy bien, se la banca la chiquita.

–¿Y vos? –pregunta a la de anteojos.

–Cumplí mi fantasía –dice mientras se vuelve a calzar la cartera. Se acomoda los anteojos, sale de la escena y se va rumbo a la barra, donde la espera su novio, que la recibe con un beso apasionado. Después se quedan abrazados con la misma calma que una pareja de ancianos podría mirar el atardecer.

César Jones no va a las fiestas del ambiente ni a ninguna fiesta, pero se entretiene bastante con la fiesta que sucede en su cabeza llena de ideas, imágenes, proyectos. No tiene una anécdota con Spinetta para contar a lo stand up, pero escucha a Spinetta. No sólo es una rara avis dentro del porno, sino que además filma poco para lo que es la costumbre triple X y ni en sueños podría realizar la pre, el rodaje y la posproducción en apenas tres semanas, como hace Maytland. Su ritmo de trabajo es de una película por año, con suerte. Escribe el guión inspirado y febrilmente, hace un casting exhaustivo durante meses, se reúne varias veces con el elenco y el equipo técnico hasta que siente que todos están en confianza, ensaya lo que haga falta y filma detenidamente. Después, edita mayormente solo, encerrado en su isla, durante casi medio año, con apenas algunas colaboraciones “puntuales y cruciales”, aclara, en la parte de musicalización, post de video y masterización de audio.

Sobre *Visiones de un erotómano*, estrenada en el Festival de Cine Inusual en octubre de 2013, dice: “Traté de replicar, por decirlo rápidamente, el sexo gratis que se puede ver online, el estilo de YouPorn, porque durante la etapa del guión transitó una fascinación por estos videos de corta o media duración hechos por productoras nacidas al calor de Internet, o sea por el porno que hasta ayer medio desdénaba. Y la intención fue inocular esto en el relato que trato de labrar en todas mis películas. Entonces hice el ensayo, digamos, que duró incluso hasta la posproducción, de

realizar una película experimental. Estuve pisando terreno incierto. Pero lo llamé a Axel Rey, por ejemplo, que es un superprofesional, porque quería algunas escenas de porno realmente duro que sólo él puede hacer, aunque ahora bajo mi mirada”.

Y ahí está el resultado: una sucesión de fantasías de dominación, a hombre o a mujer, incesto, homosexualidad y más, enmarcados en una entrevista entre una psicóloga que podría ser una actriz y un artista plástico que podría ser o no un alter ego del director. Jones cuenta que quería jugar a hacer primerísimos primeros planos de cumshots, o sea: el momento en el que una persona eyacula sobre otra o en un objeto. Entonces le dio a sus actores una dieta especial para lograr “suculencia” y puso su cámara lo suficientemente cerca como para que el espectador sienta que podría mancharse y/o tenga náuseas además (o en vez) de calentarse. Así trabaja y así vive. Así es.

Jones es considerado un artista por sus pares y colegas y es de alguna forma un intelectual que hace películas pornográficas que siempre inquietan, muchas veces calientan, otras dan asco y en general producen un poco de las tres cosas. Maytland está grande, dice que es “el abuelo del porno” y se ríe a mandíbula batiente. Sus películas hacen levantar determinadas temperaturas, jamás inquietan y siempre divierten. Él busca el calor desde la risa, la relajación que le da al cuerpo la carcajada y que permite distenderse para una paja.

“Chaplin, los hermanos Marx y Woody Allen son mis héroes y me gusta el humor porque nunca miente, es decir la verdad con gracia. Si analizás todos los chistes verdes que conozcas vas a ver que siempre son reveladores de secretos. Por eso, cuando causan gracia, es porque lo que cuentan vos lo pensaste antes. Y el humorista sólo lo desarrolló. Bueno, yo hago eso y además le meto porno. Porque creo que el humor ayuda además a descontracturar si lo ponés en la medida justa. Y esa es la clave de mi éxito: reírme de lo que pensás, pero con anticipación. Te digo que Robin es puto,

que Shrek no tiene erección, que Blanca Nieves hace gang bang con los enanos, que Homero tiene pija chica... Y no invento nada. Ya lo pensaron antes que yo. Lo que hago es traducirlo”, filosofa Maytland una madrugada al chat en una charla que puede extender por horas y horas.

La película que grabó, editó y estrenó en menos de dos meses en 2013, *Follando por un sueño*, es una parodia de *Bailando por un sueño* donde él mismo ocupa el lugar de un pseudo Marcelo Tinelli. Igual que en la primera versión, *Gozando por un sueño* (2007), es un proto reality de parejas que, en lugar de bailar, garchan. En este regreso trabaja, además de Lorena Mexy y Ana Touché (la más nueva y la más antigua de las estrellas porno locales en actividad), Zulma Lobato. “Ella no tiene escenas de sexo, no soy pelotudo”, anuncia el director con su voz de Mostaza Merlo. Hay dos trailers: el gracioso, ATP, que es hilarante, y el otro, el real, con sexo, que es muy pornográfico.

“Lo que me importa del porno es su condición de vehículo inigualable para trasladarnos por los elusivos meandros que conducen a nuestro deseo. El hecho de que el entronque entre goce y deseo sea la piedra angular de su práctica espanta a muchos puritanos, varios críticos entre ellos, que entonces le niegan su legítima condición de género”, explica Jones un caluroso verano de 2013, encerrado en su casa mientras edita su película y encerrado en sí mismo porque no ve nada que le interese afuera de su cuarto de trabajo. Todavía no ve nada, pero no falta tanto para que encuentre una razón para salir.

Cuando terminó la carrera de Comunicación Audiovisual en la Facultad de Bellas Artes de La Plata, en 2000, casi jugando pero seriamente entró en el mundo del porno y, con todas estas características, no para de hacer la diferencia. En su ópera prima, *Las fantasías de... Sr. Vivace* (2001), puso toda la carne al asador y hasta actuó él mismo. Con el tiempo se fue resguardando, retrayendo en su soledad sin sospechar por dónde vendría su siguiente destape.

Porque finalmente Jones, el pornógrafo, pronto caerá como un chorlito en las garras del amor. Nada más chanco.

Pero aún falta. Antes, hacia 2007, en plena explosión de lo que fue, por un par de años, lo que supo llamarse “la industria” local, el joven director había pulido y encontrado su estilo. *Temporada alta* (2007) empieza con una madre y una hija desayunando en la cocina hasta que llega papá y las dos le chupan la pija mientras le acercan el suplemento deportivo o le llenan la taza de café. Porque aunque Jones sea la pata intelectual del porno nacional no pierde el porno y, como suele decir con su voz cansina y su mirada de Yoda perverso, “no se puede intelectualizar un culo, una concha, una penetración”.

Justo ese mismo año, sin tener aún la más remota idea de cómo los uniría el destino, una chica española a la que le gusta hacerse llamar Yla Ronson (porque “da diva, como si preguntaran ‘¿Y la Ronson?’”) llegaba a Buenos Aires después de un largo viaje por Latinoamérica.

Comenzó su peregrinaje cuando salió de Extremadura. “Soy de la Siberia extremeña, un lugar bastante inhóspito que tuvo que ver mucho con mi carácter. Arranqué yéndome a La Habana sin nada más que una intención de llegar a una búsqueda interior que tenía que ver con el cine. Yo no me dedicaba a nada, si bien había tenido contacto con colectivos artísticos en los que participaba como diseñadora gráfica. Pasé a Costa Rica y estuve un par de años viajando hasta que llegué acá. Nada fue por casualidad. No creo en las casualidades. Cuando me fui de España fue algo iniciático y espiritual. Por eso salí sin nada, sin ninguna expectativa, tampoco”, cuenta una tarde en un bar de San Telmo, cerca de su casa de Barracas, ya un poco aporteñada.

Ella es como David Bowie, o también Pattie Smith. Alta y flaca, femenina desde la androginia más hermosa. Como una diva rockera por la que muchos preguntan de verdad: “¿Yla Ronson?”. “Llegué escapando de un aburrimiento que tenía embargadas mi

alma y mi cabeza. Si bien era un objetivo difuso, porque cuando salí de España fue solamente por el motor de salir, tenía intención de regresar. Dejé todo embalado en distintos lugares. Tenía dinero suficiente para estar tres meses, y ya no regresé más”, dice seis años más tarde, instalada en Buenos Aires donde encontró un lugar geográfico y mental para hacer algo nuevo para ella que le despertó interés y curiosidad: posporno.

Jones, que en el verano de 2013 aún no la conocía, decía: “El porno es el medio y el fin. Excitar al espectador es sólo el punto de partida. Debe lograrse, pero el propósito del realizador no se tiene que agotar ahí. Tiene que ser la base sobre la que después estallen mil y una resonancias”. El posporno transita la delgada línea entre la filosofía y la estética, podría resumirse en que es soft porno con una idea o postura ideológica detrás. Es sexualidad pública sin coito que la haga triple X, material que puede calentar y/o ser exhibido en una galería de arte.

Del cine de Jones podría decirse que es como un posporno con sexo. Él no está de acuerdo, para nada, y se enoja un poco cuando recibe el comentario, aunque se le pasa rápido y después de meditarlo escribe casi un manifiesto que manda por mail a los interlocutores de esa charla en la que se lo catalogó equívocamente. Declama:

“Hay productos audiovisuales de posporno que me encantan. Lo que no me gusta son las pastorales porno. No me las banco. El posporno casi por definición cree que insertarse en la industria es como una impureza. Entonces circulan por carriles muy determinados, hacen una muestra, exhibiciones o performances. A mí me parece otro signo de prejuicio. Y además hay una declamación de la sexualidad de una manera pública, como si fuera un gesto libertario que en realidad es torpe porque cualquier tipo de sexualidad, para que germine, para que haya una cuota de erotismo, necesita un espacio de intimidad. Vos no podés ir a los cuatro vientos diciendo ‘ay, que caliente que estoy, estoy mojada’. No vas a calentar a nadie”.

Enviar. Recibido.

Aquel verano, Yla Ronson seguía ensayando su posporno y otra vez se encontró a sí misma empujando los límites, sin saber muy bien por dónde continuar. Otra vez estaba aburrida. Otra vez rescataba un gato de la calle, lo curaba y lo hacía su compañero mientras filmaba y fotografiaba amigos en paisajes desolados, desnudos, con máscaras de cabezas de cerdos y cuerpos dispuestos a la masturbación. Faltaba algo.

Ese mismo verano, el de 2013, Jones decía: “No la conozco personalmente, pero sí vi sus trabajos, que me gustan, y la tengo de amiga en Facebook. Es una chica española que vive en Buenos Aires. Ella hace un posporno interesante, sin moralina”. Medio año después se cruzaron analógicamente, en átomos, y el encuentro resultó sexual, explosivo y, sobre todo, fue amor. Ahora son pareja, Yla está en la etapa final de su primer largometraje, *Pornodehesario*, en el que va aún más allá, y César encontró a la interlocutora ideal para sus devaneos porno intelectuales. Son pornógrafos, y están de novios.